

La formación de la identidad africana en las memorias de Amadou Hampâté Bâ **(Tradición y modernidad en *Amkoullel, l'enfant peul* de Amadou Hampâté Bâ)**

Teresa Álvarez Martínez

Hampâté Bâ (Bandiagara, 1900-Abijan, 1991) es conocido por ser uno de los grandes defensores de la preservación y conservación del patrimonio inmaterial africano, su tarea en el seno del Consejo ejecutivo de la Unesco, ante el cual lanzó su famosa advertencia en 1962: “En Afrique quand un vieillard meurt c’est une bibliothèque inexploité qui brûle”, fue la culminación de toda una vida dedicada a investigar y a dar a conocer las culturas africanas que desaparecían progresivamente con la llegada de la nueva civilización.

Las memorias de Hampâté Bâ conforman una gran suma de documentos sobre la civilización y la historia reciente de África, y, al mismo tiempo, ofrecen la revisión de un pasado propio y colectivo en el que las cuestiones de la formación y la identidad son piezas clave. En dichos textos el modo de vida llamado “tradicional” en el que Hampâté Bâ nace y se educa es analizado desde una mirada interior al sistema: la visión que nos ofrece el autor de su sociedad se opone a la mirada del colonizador que justifica siempre su intrusión en una sociedad ajena como parte de una misión civilizadora. Los dos volúmenes de las memorias, *Amkoullel, l'enfant Peul* y *Oui, mon commandant!*, ilustran a través del desarrollo de un relato autobiográfico, la cuestión de la supervivencia de la propia identidad cultural en el contexto de la sociedad colonial creada por el gobierno francés en sus territorios africanos.

Intentaremos acercarnos a dichas cuestiones a través del estudio del primer tomo de las memorias, *Amkoullel, l'enfant peul*, texto publicado póstumamente en 1991 pocos meses después de la muerte de su autor.

Nos hemos centrado en esta obra porque consideramos que *Amkoullel, l'enfant peul*, además de un libro de memorias, es una novela de aprendizaje o de formación muy original ya que nos muestra el desarrollo moral y social de un personaje, su autor, que debe aprender a vivir entre dos mundos que se contraponen y, por ello, tiene que

construir una identidad personal que se ajuste a este nuevo contexto. A lo largo de nuestra exposición analizaremos en primer lugar cómo se conforma la identidad dentro de la sociedad peul tradicional y después, de qué modo la colonización y la escuela francesa irrumpen en este proceso de formación. Empezaremos, pues, analizando cuáles son los elementos más importantes de la tradición que el protagonista de *Amkoullel, l'enfant peul* asimila e integra como propios, y cuáles son los métodos según los cuales estos saberes son transmitidos dentro de la sociedad tradicional maliense.

En *Amkoullel, l'enfant peul* el autor recoge su experiencia vital desde su nacimiento hasta los 21 años, es decir la primera etapa de la vida dentro de la tradición peul. En dicha etapa los padres, los maestros coránicos y el entorno natural y social van a ocupar un lugar esencial en la formación de la persona. A lo largo de todo el libro se insiste continuamente en el concepto de aprendizaje y de formación como elementos fundamentales que constituyen la base de la filosofía peul. Las etapas que toda persona ha de recorrer en la vida se corresponden con el hecho de alcanzar una evolución determinada dentro de un proceso de maduración personal permanente que no tiene que ver solamente con una acumulación de conocimientos prácticos o teóricos, sino que tiene que ir acompañada de un aprendizaje emocional y vital que van a dotar a la persona de un carácter capaz de enfrentar con serenidad y temple todas las circunstancias, adversas y favorables, que va a encontrar a lo largo de su vida. El niño, o el joven, tiene que mostrarse dispuesto a aprender de sus mayores, y una vez llegado el momento, va a ser capaz, a su vez, de enseñar y de orientar a otras personas.

En primer lugar hay que recordar que en África tradicional la identidad individual se construye sobre un sólido cimiento de memoria colectiva que introduce a la persona dentro de una historia común, el propio escritor da muestra de ello comenzando sus memorias por un amplio recorrido histórico que informa al lector sobre el origen de los peuls y, a continuación, sobre la historia directa de sus antepasados. Una de las consecuencias más perjudiciales de la colonización, como explica el propio autor, fue precisamente la de cortar la cadena de transmisión de saberes tradicionales, realizada siempre a través de la palabra, y desposeer así a los sujetos colonizados de una identidad propia que les legitimaba como individuos pertenecientes a una sociedad concreta.

Amadou Hampâté Bâ reclama en el principio de sus memorias sus orígenes y nos explica que para la mentalidad africana el individuo es inseparable de su ascendencia,

ya que ésta sigue viviendo y conservándose a través de él, como explica en el primer capítulo:

En África tradicional el individuo es inseparable de su ascendencia, que continua viviendo a través de él y de la que él no es más que la prolongación. Por este motivo, cuando se quiere honrar a alguien se le saluda diciéndole varias veces no su nombre personal (lo que en Europa llamaríamos el nombre) sino el nombre de su clan : « ¡Bâ!¡Bâ! » ou « ¡Diallo!¡Diallo! » o ¡Cissé!¡Cissé ! porque no se saluda a un individuo aislado, sino a través de él, a todo el linaje de sus ancestros. .¹

En la mentalidad tradicional maliense la persona refleja el orden de la estructura familiar, que, a su vez refleja el de la comunidad, cada individuo se integra en un entramado de relaciones sociales y familiares que lo sitúan vitalmente y le confieren una serie de deberes y obligaciones que debe asumir para lograr una armonía interna propia. A cambio de esta fidelidad, la integración en la comunidad proporciona seguridad y protección.

Hampâté guarda en su memoria desde la infancia y consigna luego por escrito en sus memorias los relatos referentes a sus antepasados. Todo este material histórico o intrahistórico, si se prefiere, es transmitido siempre a través de la palabra y es, asimismo, filtrado por la sensibilidad del narrador. Gracias a esta memoria afectiva e histórica, Hampâté Bâ conoce la vida de su propio padre, que muere cuando él cuenta sólo tres años, a través de su “sirvienta-madre”:

Un día, a la edad de cuatro o cinco años, estaba jugando cerca de Niélé Dembelé, la excelente mujer que fue mi “sirvienta-madre” desde mi nacimiento y que había pasado toda su vida al lado de mi padre, cuando de repente me volví hacia ella:

“ Niélé, le pregunté, cómo era mi padre?

Sorprendida se quedó un momento sin voz, después exclamó:

“¡Tu padre! ¡Mi buen amo!” Y para mi gran sorpresa se deshizo en lágrimas, me atrajo hacia ella y me apretó fuertemente contra su pecho [...] Yo me senté a su lado y fue entonces cuando me contó por primera vez, de principio a fin, la increíble historia de Hampaté, que se contaba como una novela en nuestra familia y en otros muchos hogares de Bandiagará.²

Aunque el relato de la vida de Kadidja, la madre de Hampâté ocupa el segundo capítulo de las memorias, y, como dice el narrador, hablar en segundo lugar de la madre contraviene las reglas de la educación africana, Kadidja es sin duda el personaje central

¹ HAMPÂTÉ BÂ, Amadou, *Amkoullel, l'enfant peul*, Actes-Sud, París, 1991, p.19.

² *Ibidem*, p.34.

en la infancia del narrador. Dentro de la tradición de respeto casi sagrado que es debido a la madre, Hampâté Bâ atribuye unas cualidades excepcionales a Kadidja. Además de gran belleza y talento y una inmensa fortuna familiar, Kadidja posee un carácter fuerte y resolutivo, hasta el punto de que consigue separarse amistosamente de su primer marido, el padre de Hampâté Bâ, y casarse en segundas nupcias con el príncipe heredero de la región, Tidjani Thiam, que adopta a Amadou como hijo primogénito.

Amadou acepta sin problemas a su nuevo padre, pero apenas anudado el nuevo matrimonio, éste es condenado a tres años de prisión en el exilio por las autoridades francesas, Tidjani pasará tres años de prisión en Bougouni en territorio bambara, a setecientos kilómetros de Bandiagará. Kadidja lo sigue hasta allí e instala un campamento para viajeros que prospera rápidamente. Poco tiempo después vuelve a Bandiagará para traer a Bougouni a la familia de su marido, sus sirvientes y a su propio hijo Amadou que cuenta con cinco años de edad.

En Bougouni, el pueblo bambara en el que está encarcelado su padre, el pequeño Amadou aprende a convivir con una etnia diferente a la suya y participa activamente en esta nueva sociedad en la que es admitido sin dificultades. El narrador aprovecha la ocasión para explicar la interrelación no excluyente entre distintas comunidades y tradiciones africanas en Mali. Amadou enseguida encuentra nuevos compañeros de juegos en Bougouni y, pese a ser musulmán, es admitido en una sociedad bambara de iniciación infantil, lo que le permite poder participar en las fiestas y ceremonias de sus amigos bamaras. El narrador explica que para los musulmanes la ceremonia consistía en una iniciación formal en la que se les enseñaban los secretos de los rituales, los signos de reconocimiento y algunos cuentos, de esta manera podían estar presentes en los rituales de la máscara sagrada del Komo y explica también que igualmente existía una tolerancia respetuosa por parte de los adultos musulmanes hacia la sociedad animista, como expresa el propio Hampâté Bâ “Ces relations de bon voisinage et d’acceptation mutuelle reposait sur le vieux fond de tolérance religieuse de l’Afrique traditionnelle animiste qui acceptait toutes les formes de pratique religieuse ou magique-religieuse.”³

Esta tolerancia religiosa aprendida desde la infancia se encuentra presente dentro de la propia filosofía vital de Hampâté Bâ, que durante toda su vida predicó el ecumenismo y practicó un islam respetuoso con las diversas tradiciones animistas. Para el autor

³ Ibídem, p.193.

maliense el hecho de poder conocer y escuchar al otro es siempre un elemento enriquecedor que no tiene porqué poner en peligro la propia identidad. El padre adoptivo de Amadou, Tidjani y también el maestro espiritual de la familia, el sabio sufí Tierno Bokar, defienden en todo momento estas ideas de respeto al diferente:

Tidjani era un musulman ferviente y convencido [...] Para él, mi afiliación a las iniciaciones infantiles bambaras era una ocasión suplementaria de instruirme. Desde esta época, aprendí a aceptar a la gente tal y como era, africanos o europeos, sin dejar de ser nunca yo mismo. Este respeto y esta escucha del otro sea quien sea y venga de dónde venga, sin dejar de estar bien enraizado en su propia fe y su propia identidad, serán además más tarde una de las mayores lecciones que aprendí de Tierno Bokar.⁴

Con siete años, Amadou comienza a frecuentar otro lugar de formación que será fundamental en su vida, la escuela coránica. Su integración en este medio hace que deje atrás su pequeña infancia para entrar en la infancia adulta lo que le impone ciertos deberes y a la vez le otorga nuevas libertades, como el empezar a ser independiente de la vigilancia constante de su madre.

La combinación de diferentes educaciones, tradicional peul, bambara y coránica es posible porque ninguna de estas formaciones resulta excluyente dentro de la sociedad de Malí de principios de siglo, en la que, a pesar de la presencia francesa, perviven los modos de vida autóctonos.

Otro elemento formativo de vital importancia en la trayectoria del autor es la participación en las veladas familiares en las que la tradición oral es una realidad plenamente operativa y funcional. Alrededor del padre adoptivo de Amadou se reúnen los principales tradicionalistas que almacenan en su memoria los cuentos, canciones y leyendas propios de la cultura peul o bambara y que son auténticos “maestros de la palabra”. Como él mismo explica:

Un día me preguntaron cuando había empezado a recoger las tradiciones orales: yo respondí que en realidad nunca había dejado de hacerlo desde mi primera juventud, ya que había tenido la suerte de nacer y de crecer en un medio que era para mí una especie de escuela permanente en todo lo referido a la historia y las tradiciones africanas. Todo lo que oía por la noche en la casa de mis padres, lo transmitía al día siguiente a mis compañeros de juego, creando de esta manera mis primeras armas de narrador.⁵

⁴ *Ibíd*em, p. 194.

⁵ *Ibíd*em, p.202.

La educación y la transmisión de conocimientos se hace siempre dentro del marco de la afectividad y la comunidad, y tiene que ver siempre con la cuestión de la identidad, es decir, el aprendizaje y la autoconsciencia van de la mano. En sus memorias Hampâté Bâ se muestra en todo momento orgulloso de ese pasado tradicional y del modelo de educación que ha tenido la oportunidad de recibir.

El dominio de la oralidad, el recurso a la improvisación poética y la memorización de textos forman parte de esta educación cotidiana, a través de la escucha activa y de la observación el pequeño *peul* empezará a formar parte de este mundo de cuentos y narraciones y se convertirá, a su vez, en un gran narrador.

Sin embargo hay que resaltar que Hampâté Bâ insiste en varias ocasiones en que los maestros de la palabra no son solamente amenos narradores de cuentos y leyendas, sino que también son expertos conocedores de su cultura y su entorno y, además, los encargados de almacenar y transmitir los saberes de la sociedad:

Para los niños, estas veladas eran una verdadera escuela viva, puesto que un narrador africano no se limitaba a contar cuentos, también era capaz de enseñar sobre muchas otras materias [...] Tales hombres podían abordar casi todos los campos del conocimiento de entonces, [...] podían tener conocimientos profundos tanto en religión como en historia o en ciencias naturales o ciencias humanas de todas clases. Era un conocimiento más o menos global según las cualidades de cada uno, una especie de vasta “ciencia de la vida”, siendo concebida la vida como una unidad donde todo está relacionado, interdependiendo e interactuando, donde lo material y lo espiritual nunca están disociados.⁶

Leyendo *Amkoullel, l'enfant peul* podemos comprobar como una cultura considerada “primitiva” por los colonizadores, ofrecía, en realidad, un modelo educativo con rasgos muy contemporáneos: la educación tradicional africana incluía como propias algunas de las premisas que forman parte del sistema educativo actual, como el conseguir un aprendizaje integrador en el que haya interrelación entre los diferentes campos del saber y unos ejes transversales que estén presentes en todas las materias. Además, la motivación del alumno y la estimulación de su curiosidad eran elementos fundamentales en el proceso de aprendizaje, como explica Hampâté Bâ:

La enseñanza [...] no era nunca sistemática, sino transmitida en función de las circunstancias, según los momentos favorables o la atención del auditorio. [...] A través de este caos aparente, aprendíamos y reteníamos muchas cosas, sin esfuerzo y con un gran placer, porque era

⁶ *Ibidem*, p. 254.

eminentemente dinámico y divertido. Instruir divirtiendo fue siempre un gran principio de los antiguos maestros maliense.⁷

Por otra parte, otro de los valores fundamentales de la educación tradicional ofrecida a los niños, era el coraje y la superación de sus propios miedos, las pruebas que formaban parte de los ritos iniciáticos perseguían este objetivo. El niño o niña que era capaz de dominar sus temores era admitido en la sociedad adulta. El padre adoptivo de Hampâté, había sufrido él mismo este tipo de educación cuyo objetivo era endurecer a la persona lo bastante para luego poder soportar sin perder el ánimo todo tipo de adversidades. Hampâté Bâ comenta en varias ocasiones en el texto de las memorias que, sin duda, fue este duro aprendizaje lo que le permitió sobrevivir a su padre Tidjani a la rudeza de la cárcel colonial y de los trabajos forzados sin perder en ningún momento su dignidad, ya que muy pocos reclusos sobrevivían a un internamiento prolongado en las cárceles de los administradores coloniales. El mismo niño Amadou tiene que hacer frente a una prueba de coraje propuesta por su padre tras haber iniciado con siete años la escuela coránica:

Fue más o menos en esta época en la que se sitúa una prueba de coraje a la que me sometió mi padre, muy típica de su sistema de educación. Yo debía tener entre siete y nueve años. Una noche, después de cenar, cuando la oscuridad ya había caído, me llamó. Me tendió un paquete y me dijo que fuera a dárselo en mano inmediatamente a su primo Mamadou Thiam, que vivía en Bougouni ciudad. [...] Recorrer en plena noche los dos kilómetros que separaban nuestra vivienda de Bougouni y volver no era una tontería para un chiquillo de mi edad. [...] Cargado con mi paquete, salí trotando en medio de la noche hacia el camino de Bougouni. Pegaba un salto a cada ruido, temblando a veces, pero tenía la certeza de que la plegaria de mi padre me protegería contra todo peligro [...] De todas maneras fueron dos kilómetros muy largos...⁸

El coraje y el autocontrol son valores indispensables dentro de la sociedad africana y, por supuesto, su aprendizaje forma parte de un proceso. Parte de este proceso se ilustra en los cuentos iniciáticos peuls que recogió Hampâté Bâ de su propia tradición, en los que se demuestra que la confianza, el empeño y la responsabilidad siempre vencen al miedo.

Tras la liberación de Tidjani, toda la familia regresa triunfante a Bandiagará donde Amadou retoma la escuela coránica y, al mismo tiempo, Amadou forma su primera asociación o *waalde*, una pequeña sociedad cuya organización se hace tomando como modelo el gobierno de la sociedad adulta. Estas sociedades enseñaban a los niños a

⁷Ibidem, p. 255.

⁸Ibidem, p. 216.

socializarse y a entrenarse en el mundo de los adultos. Las asociaciones por clases de edad, femeninas o masculinas, agrupaban a los niños o niñas que vivían en la misma ciudad con edades cercanas, instauraban sus propias leyes de gobierno y cargos de responsabilidad, celebraban reuniones con un protocolo establecido y eran siempre apadrinadas por un adulto que velaba por el buen funcionamiento de las dinámicas grupales e intervenía en caso de conflicto.

El narrador hace notar especialmente la utilidad de las *waalde* infantiles como un modelo de aprendizaje que facilita la incorporación en la compleja organización social colectiva. Cada *waalde* masculina se podía asociar, a su vez, con una *waalde* femenina, fenómeno ampliamente estudiado por los antropólogos europeos que fue bautizado con el nombre de “Valentines y Valentinas”. A cada chico le correspondía una novia platónica a la que debía proteger y con la que podía “flirtear”, pero la relación nunca podía ir más allá, puesto que los “valentines” eran los responsables de que sus “valentinas” llegaran vírgenes al matrimonio y se convertían luego en confidentes y amigos de la pareja. En todo caso estos acercamientos pre-matrimoniales permitidos y supervisados por los adultos constituían una verdadera escuela de galantería para ellos y ellas.

Sin embargo, esta apacible vida inmersa en el universo familiar y tradicional que pervivía a pesar de la presencia francesa en Malí es interrumpida por la requisición obligatoria como alumno de la escuela colonial francesa cuando Amadou cuenta con doce años de edad. En sus memorias, Hampâté Bâ refleja el rechazo generalizado de la población ante la imposición de llenar las escuelas de los blancos reclutando a la fuerza a los jóvenes más prometedores.

El sistema autónomo de formación en el que los niños conforman su identidad desde distintos campos complementarios y que aseguran una plena identificación e integración con la sociedad a la que pertenecen se distorsiona con la llegada de la escuela francesa, cuyo objetivo es lograr una aculturación contraria a la autóctona. La educación impuesta por la administración francesa pretende lograr una “colonización de las mentes” a través de la exaltación de la metrópoli como la madre patria para asegurarse el sometimiento y la disciplina en los territorios de África Occidental Francesa. Como explica Hampâté Bâ, una de las finalidades más importantes de la “escuela de los blancos” era obtener funcionarios coloniales indígenas que pasaban a

formar parte del sistema de la administración colonial y aseguraban su buen funcionamiento:

En esta época, los comandantes de círculo tenían tres sectores que alimentar a través del colegio: el sector público (profesores, funcionarios subalternos de la administración colonial, médicos auxiliares, etc.) donde iban a parar los mejores alumnos; el sector militar, porque deseaban que los tiradores y los soldados africanos tuvieran unos conocimientos básicos del francés; finalmente el sector doméstico, que heredaba a los alumnos menos capacitados. El cupo anual que había que proporcionar para los dos primeros era fijado por el gobernador del territorio: los comandantes de círculo ejecutaban el “pedido” indicando a los jefes de cantón y a los jefes tradicionales cuantos alumnos había que requisar para el colegio.⁹

Poder contar con el apoyo de parte de la población autóctona dentro de la administración era muy útil para lograr una dominación más sencilla y efectiva de la población local. El lenguaje nos muestra como los habitantes locales percibían el cambio que se operaba entre los suyos cuando pasaban a formar parte de la administración colonial: los funcionarios africanos son bautizados como “blancs-noirs” en oposición a los “blancs-blancs” que eran los propios colonizadores franceses. La población local es consciente de que cuando un negro pasaba al estatus de “blanc-noir” era alienado por un nuevo sistema y abandonaba sus filiaciones tradicionales para convertirse en un servidor de los blancos, aunque como veremos, llegado el momento, las fidelidades también se podían comprar.

La labor del colonizador es doble, una vez doblegada por la fuerza militar la resistencia de la población local, llega el socavamiento de la identidad de los colonizados a través del cuestionamiento y la introducción de nuevas fidelidades, este adoctrinamiento tiene como resultado que el africano se perciba a sí mismo como una identidad inferior que moldear y rectificar. La inserción de las jóvenes élites del país en la escuela colonial tuvo un papel esencial en la colonización, la percepción de la población local de este proceso es clara y se refleja en el hecho de que el reclutamiento de un hijo como alumno en la escuela de los blancos sea percibido como una gran desgracia de la que escapar a todo precio, incluso sobornando a los profesores para que expulsen a los niños del colegio. Así sucede en el caso de la madre de Amadou:

Para ella, la solución era simple. Como se hacía normalmente en esa época en las familias asomodadas, ella iba a comprar, a cualquier precio, mi expulsión del colegio. Las transacciones de este tipo se llevaban a cabo entre los padres, por un lado, el intérprete y el maestro del

⁹ *Ibidem*, p. 308.

colegio por otro, estos dos últimos se repartían el precio del rescate. Se podían argüir varios motivos de expulsión: la enfermedad física o mental, la indisciplina y algunos otros de los que ya no me acuerdo.¹⁰

Sin embargo, el maestro espiritual de la familia, el sabio Tierno Bokar, interviene haciéndole ver a Kadidja que cualquier tipo de conocimiento puede ser provechoso, y que el saber es preferible a la ignorancia, siempre que no se pierdan las propias raíces e identidad. Cuando ésta va a pedirle consejo, Tierno le pregunta a Kadidja:

“¿Por qué el hecho de ir a la escuela volvería infiel a Amadou? El mismo profeta dijo: “El conocimiento de algo, sea lo que sea, es preferible a su ignorancia”; y también: “Buscad el conocimiento desde la cuna hasta la tumba, hasta en la China!”¹¹

La actitud abierta e integradora del maestro Tierno Bokar, que muestra unas ideas más avanzadas que la de los colonizadores, es la que prima finalmente y, sin duda, la que influirá en el espíritu y el carácter del futuro narrador que nunca rehuyó el acercamiento a cualquier tipo de saber, tradicional o europeo. A pesar de los objetivos colonizadores de la escuela de los blancos, Tierno Bokar no rechaza conocer dicha escuela. El pequeño Amadou tampoco, cuando el comandante francés le pregunta, a través de su interprete, porqué quiere ir a la escuela, Amadou responde que quiere poder hablar directamente con el comandante sin tener que utilizar un intérprete y luego convertirse en jefe, puesto que sabe que solamente los que han pasado por la escuela de los blancos pueden acceder a puestos de mando dentro de la colonia.

Amadou resulta ser un alumno brillante que asimila sin problemas los nuevos conocimientos, gracias a su formación previa, y tras unos años de estudio en la escuela de Bandiagará obtiene una beca para la escuela de estudios primarios de Djenné. La separación de su familia y el régimen del internado de la escuela de Djenné resultan difíciles de soportar para el joven alumno, que se escapa de la escuela al acabar el curso sin esperar a recoger su título para poder reunirse con su madre en Kati. Sin embargo, tras una temporada en Kati, en la que Amadou funda una nueva *waalde* e intenta retornar a su modo de vida tradicional, el joven peul comienza a ser consciente de que seguir con la vida previa a su inserción en la escuela francesa no iba a ser tan sencillo y le sitúa, por así decir, al margen de la nueva sociedad que inevitablemente se está

¹⁰Ibídem, p. 355.

¹¹Ibídem, p. 358.

construyendo. Los sentimientos del narrador explotan al reencontrarse a un excompañero de escuela vestido como un oficial francés camino de la escuela Normal de Goré. Tras ese encuentro Amadou pide permiso a sus padres para reintegrarse en la escuela francesa y poder así ocupar el mismo estatus social al que estaban ascendiendo sus antiguos camaradas:

Un día del año 1917 [...] tuve la enorme sorpresa de descubrir en un vagón, vestido con el fabuloso uniforme de los alumnos de la escuela normal de Goré, a mi antiguo condiscípulo y rival del colegio de Bangiagará y de la escuela regional de Djenné. [...] “Cómo! Me dije a mí mismo, tu antiguo compañero de Bandiagará estudia en la escuela normal, va vestido casi como un suboficial, y tú sigues aquí, perdiendo el tiempo y haciendo de criado de las mujeres de los soldados africanos?” Fue como un shock. El deseo de volver al colegio me invadió de repente.¹²

Amadou vuelve a la escuela primaria para poder entrar en la Escuela profesional de Bamako, y luego, en la escuela normal de Goré. Hampâté Bâ nos explica en el texto que el nombre original de la escuela de Bamako, fundada en 1854, era el de “escuela de los rehenes”, nombre que ilustraba la misión y el propósito de la institución, retener a los hijos de las personalidades más influyentes del lugar para asegurarse su docilidad. El nombre de la escuela, demasiado revelador, había sido cambiado por los propios franceses en 1908 al más discreto “escuela de los hijos de jefes”.

Más tarde, con el desarrollo de las nuevas actividades administrativas y la necesidad de nuevo personal indígena subalterno, la escuela pasa a llamarse escuela profesional de Bamako. El propio Hampâté Bâ explica cuál era la utilidad de este tipo de centros educativos para la empresa colonial:

Una empresa colonizadora no es nunca una empresa filantrópica, salvo en el discurso. Uno de los objetivos de toda colonización, bajo cualquier cielo y en cualquier época, ha sido comenzar por desbrozar el terreno conquistado, ya que no se siembra bien en un terreno plantado ni entre los rastrojos. Hace falta primero arrancar de los espíritus, como malas hierbas, los valores, costumbres y culturas locales para poder sembrar en su lugar los valores, las costumbres y la cultura del colonizador, consideradas como superiores y únicas válidas. Y qué mejor medio de conseguirlo que la escuela?¹³

De una manera más vehemente, Aimé Césaire defiende unas ideas parecidas en su discurso sobre el colonialismo:

¹² *Ibíd.*, p. 445.

¹³ *Ibíd.*, p. 493.

[...] La colonización, repito, deshumaniza al hombre más civilizado ; la acción colonial, la empresa colonial, la conquista colonial, fundada sobre el desprecio del hombre indígena y justificada por este desprecio, tiende inevitablemente a modificar lo que emprende ; el colonizador, para tener buena conciencia, se habitúa a ver en el otro a la bestia, se entrena en tratarlo como una bestia, tiende objetivamente a convertirse el mismo en una bestia. [...] Hablo de sociedades vaciadas de sí mismas, de culturas pisoteadas, de instituciones minadas, de tierras confiscadas, de religiones asesinadas, de magníficas muestras artísticas aniquiladas, de extraordinarias posibilidades suprimidas.¹⁴

Pese a toda esta “contraformación”, la escuela francesa no logró plenamente su propósito de destruir y estigmatizar por completo las creencias y culturas locales. En el caso paradigmático de Hampâté Bâ el sujeto colonizado logró conservar y hacer pervivir la propia identidad aún teniendo que adaptarse a un mundo nuevo y peligroso. Podemos comprobar, leyendo sus memorias, que el paso por la escuela colonial no logró destruir la percepción de su propia identidad y de su valor intrínseco. Es más, tras su paso por la escuela profesional de Bamako, durante el curso de sus múltiples viajes por el territorio de A.O.F como funcionario colonial, se las arregló para conocer a todos los grandes tradicionalistas, escuchar sus narraciones, y luego registrarlas por escrito. Hampâté Bâ, tras su inserción forzosa en el sistema colonial, había tomado conciencia del peligro de extinción de las propias tradiciones africanas y del peligro que esa pérdida suponía para el propio pueblo africano. Por ello, sirviéndose en su tarea, precisamente, de la lengua que el colonizador había impuesto por la fuerza en su territorio, dedicó gran parte de su vida y de sus energías a defender y divulgar a través de todo el mundo el valor de su propia identidad y de la de sus antepasados.

¹⁴ CÉSAIRE, Aimé (1995), *Discours sur le colonialisme*, París, Présence Africaine, pp. 21-23.